Globethics Repository



La izquierda latinoamericana en el poder [The Latin American Left in power]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Lozano, Wilfredo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-13 22:27:01
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218791

La izquierda latinoamericana en el poder

Interrogantes sobre un proceso en marcha

El surgimiento de la izquierda en América Latina plantea la hipótesis de una posible «reversión» de la escena política latinoamericana. El papel que las diferentes izquierdas jueguen dependerá de asumir la complejidad de la coyuntura mundial y regional. Tales tendencias deberán aprender a constituir una fuerza política convencida de la tolerancia democrática y el pluralismo, como condiciones de su presencia histórica y eficacia política.

Wilfredo Lozano

El ascenso de Luiz Inácio «Lula» da Silva a la presidencia del gobierno de Brasil abrió un conjunto de expectativas a la izquierda latinoamericana, pues por el tamaño del país, la fuerza política del Partido de los Trabajadores (PT) que lo llevó al poder, el indiscutible liderazgo de esta nación en el Mercosur y su creciente importancia en la escena internacional, su llegada al gobierno incluye la posibilidad de que este triunfo político de la izquierda brasileña vaya más allá de lo nacional y revele una verdadera tendencia latinoamericana[1].

El reciente arribo de Tabaré Vázquez a la presidencia en Uruguay, la permanencia de Hugo Chávez en el gobierno en Venezuela, el ascenso y su estabilización en el poder de Néstor Kirchner en Argentina y la larga durabilidad de la Concertación en el Chile pos-Pinochet como coalición gobernante y su clara posibilidad de continuar en el próximo gobierno después de Ricardo Lagos,

Wilfredo Lozano: sociólogo dominicano; ex-secretario general de Flacso y actual director del Centro de Investigaciones y Estudios Sociales (CIES), Santo Domingo, República Dominicana.
Palabras clave: democracia, globalización, fundamentalismo, pluralismo, gobernanza, izquierda reformadora, América Latina.
1. Para un análisis de estas expectativas en la óptica del mercado electoral latinoamericano, v. Ludolfo Paramio: «Perspectivas de la izquierda en América Latina», Real Instituto Elcano, Documentos de Trabajo, 20/1/2003.

indican que el surgimiento de los gobiernos de izquierda constituye algo más que un hecho fortuito en la región y permite sostener la hipótesis de una posible «reversión» de la escena política latinoamericana.

Esto plantea muchas interrogantes. Me detendré en los tres ejes centrales del presente trabajo: ¿Quiénes han ascendido realmente al poder con estos partidos y coaliciones de izquierda? ¿Qué representan estos gobiernos: alianzas volátiles, movimientos nacional-populares, fuerzas sociales que emergen con la globalización o a las que la globalización vulnera o margina? ¿Qué posibilidades reales tienen estos gobiernos de impulsar programas si no revolucionarios al menos reformadores en el campo de la lucha contra la exclusión social y la profundización de las conquistas democráticas?

¿Cuál izquierda?

Lo primero que debe desecharse es la polémica nominalista[2]. Por esa ruta fácilmente puede convenirse que, tras la caída del Muro de Berlín, la disolución del campo socialista y el descentramiento del marxismo como gran relato crítico de la modernidad tardía, la izquierda ya no existe. Podría argumentarse también lo contrario: la explosión nacionalista tras la globalización, el surgimiento de nuevos movimientos sociales, la unificación en tiempo real de la economía financiera a escala mundial, el *boom* del comercio internacional, todo ello estaría revelando que las predicciones del viejo topo se confirman: el capitalismo se articula como una sola estructura y proceso mundiales, surgen movimientos antisistémicos de carácter global y, en una palabra, la izquierda se fortalece, pese a que se diversifica y sus estructuras políticas tradicionales (partidos) se opacan y envilecen. Ninguna de estas posiciones extremas facilita la comprensión de los procesos políticos latinoamericanos en marcha.

2. Para descartar malos entendidos, asumo con Bobbio (*Izquierda y derecha*, Taurus, 1998) que el criterio básico diferenciador de la izquierda y la derecha lo define la postura frente a la igualdad. Ser de izquierda entonces se identifica en lo esencial y para los fines de este trabajo como una postura que asume la defensa de la igualdad, lo que no debe confundirse con el igualitarismo («todos somos iguales en todo y para todo»). Por tanto, esta postura entiende que la desigualdad es en lo básico un asunto social, no natural. De aquí el establecimiento de un programa donde lo central es, en la perspectiva social, la lucha por la igualdad de oportunidades y, en consecuencia, la lucha contra todo tipo de exclusión social y económica, y agrego yo, en el plano político la defensa de un orden democrático no limitado a la competencia electoral, sino sostenido en la afirmación de la ciudadanía y el Estado de Derecho. De esta forma mientras para la derecha el criterio de asignación de recursos es en lo fundamental el mercado, para la izquierda lo es la sociedad; mientras para la derecha el criterio exclusivo de demarcación política lo es el de la democracia liberal, básicamente de tipo electoral, que afirma sobre todo la ciudadanía política y civil, para la izquierda la democracia debe ir más allá y englobar una ciudadanía afirmativa en el ámbito de los derechos sociales, la defensa de las minorías y la participación de la sociedad civil como actor legítimo en la escena política.

La unipolaridad hegemónica en lo militar abrió otra agenda económica: la del libre comercio

El primer asunto que debemos tomar en consideración es la heterogeneidad de la izquierda y el cambio de su lugar histórico en la escena latinoamericana. La primera parte de mi aseveración no es nada nueva. La puesta en escena de la izquierda socialista europea (en sus dos variantes: la socialdemócrata y la propiamente bolchevique) estuvo de alguna forma vinculada a partidos obreros, en parte porque se asumía al movimiento obrero como el sujeto histórico revolucionario por definición, en parte porque realmente fue el movimiento obrero el que articuló el primer y hasta ahora único movimiento que en Occidente de forma mayoritaria forzó al capitalismo al engranaje de lo que se ha convenido en llamar «Estado de Bienestar», a un pacto social de enormes consecuencias civilizatorias. Pero en el hoy desmembrado campo socialista la clase obrera no fue la que subió al poder (si bien pudo haber ayudado a los bolcheviques a tomarlo), sino un aparato político que a nombre de ella organizó el hoy fracasado experimento socialista con su secuela de autoritarismo, que si algo produjo fue la rápida industrialización rusa y la apertura hacia Occidente de China. No obstante, ese movimiento y los actores políticos que lo protagonizaron nunca fueron homogéneos. Hubo muchos marxismos, también muchas variantes del radicalismo bolchevique y del socialismo democrático, y todos pueden calificarse como de izquierdas[3].

La novedad de la escena latinoamericana es que, salvo en países como Argentina y Chile con su larga tradición socialista, Bolivia en el lado minero de la militancia izquierdista, quizás en el Perú de Mariátegui, más bien a través de Haya de la Torre en el APRA, y otras contadas experiencias, la izquierda latinoamericana nunca logró movilizar al movimiento obrero y representarlo. En parte esto puede tener una explicación política, pero sobre todo cabe destacar su componente social: aquí se trataba de otro tipo de sociedades muy distintas a las de Europa y Norteamérica. Los llamados movimientos nacional-populares fueron los que más acercaron a los grupos de izquierda a una verdadera experiencia de movilización social de alcance de masas, y dicho movimiento nunca estuvo realmente liderado por partidos obreros, socialistas y mucho menos comunistas, sino por alianzas nacionales heterogéneas, en las cuales ocupaban un lugar central la clase media, sectores burocráticos estatales empeñados en la búsqueda de un espacio nacional propio, militares e incluso empresarios nacionalistas. Los ejemplos sobran, pero fue este movimiento el que con sus variantes

3. Eric Hobsbawn ha demostrado la heterogeneidad del movimiento marxista, y la del propio movimiento socialista en su variante más radical. V. la colección que dirigió bajo el título de *Historia del marxismo*, Bruguera, en particular el vol. 7: *La época de la Tercera Internacional (I)*, 1981.

nacionales sostuvo la experiencia de la nacionalización del petróleo en México, la industrialización argentina. Inclusive la propia revolución cubana y la revolución sandinista tuvieron de alguna manera este formato heterogéneo, «policlasista», para no hablar de la guerrilla que se sostuvo en el apoyo de la clase media radicalizada y en intelectuales surgidos de ella misma.

El otro componente del asunto es la disputa geopolítica, que esta vez sí convirtió a la izquierda en un «peligroso actor» que de suyo no representaba ese gran peligro, al menos si leemos el asunto, como dije arriba, desde la perspectiva de su capacidad de representación social. Fue esto y no otra cosa lo que convirtió a la Revolución Cubana en la primera revolución socialista en Latinoamérica; fue esta disputa geopolítica la que cercenó las posibilidades de una revolución nacionalista como fue el caso de la Nicaragua sandinista. Tan es así que, desaparecida la disputa Este/Oeste, y con el surgimiento del zapatismo en México (coetáneo del Tratado de Libre Comercio México-Estados Unidos-Canadá), hoy nadie en Washington se preocupa por ese movimiento, y a nadie molesta el asunto en México, sobre todo en la residencia presidencial de Los Pinos.

Pero el fin de la Guerra Fría y la llegada de la globalización cambiaron todo esto. El componente geopolítico, a través del cual Washington miraba a la izquierda latinoamericana fue sustituido por una nueva mirada económica y política. La unipolaridad hegemónica en lo militar abrió otra agenda económica: la del libre comercio, la del poder del mercado; mientras, el predominio del liberalismo afirmó una agenda democrática. Ambas se reflejaron en el Estado y en las economías de la región: de un lado el consenso de Washington impuso una agenda de reformas económicas cuyos ejes centrales eran simples: reducción del Estado, apertura de la economía y estabilización macroeconómica. Por otro lado, en la nueva situación los mismos actores hegemónicos se interesaron en fortalecer un esquema democrático competitivo[4].

La globalización hizo otro tanto, modificando el lugar de la región en el sistema mundial, abriendo sus economías, imponiendo el dominio del capital financie-

4. Hay que tomar en serio el cambio de la política norteamericana hacia los gobiernos latinoamericanos en materia de democracia. Este giro ha sido determinante en la transición a la democracia en países como República Dominicana y Haití, y no ha planteado obstáculos al ascenso al poder de las opciones de izquierda del Cono Sur. Más aún, en el caso de Brasil, la administración Bush con todo y no ver naturalmente con agrado el triunfo de «Lula», ha definido una política de entendimiento y no confrontación hacia su gobierno. Esto no quiere decir que la administración republicana no continúe prefiriendo gobiernos conservadores, lo único que demuestra es que en la presente coyuntura mundial, al menos para Latinoamérica, la democracia electoral define un condicionamiento importante de la política exterior norteamericana, que en nuestro caso abre un campo de posibilidades a la izquierda para que asuma los procedimientos democráticos.

ro en la lógica de articulación con el sistema mundial y quizás lo que es más importante, transformando la organización social misma. Ahora América Latina surgía como un continente esencialmente urbano, dominado por una economía de servicios dinámica, con un Estado en crisis y con menor poder de intervención en la sociedad, una nueva clase media profundamente integrada al ideal del *american way of life*, en medio de una mayor desigualdad, aumento de la pobreza y general deterioro del nivel de vida de la población. Esto transformó no solo la agenda sino también el lugar de los actores políticos, y naturalmente el espacio mismo que ocupaba o podía llegar a ocupar la propia izquierda.

La ya débil conexión con el mundo obrero se transformó y en su defecto surgieron nuevos movimientos sociales y expresiones organizativas del complejo mundo laboral. Pasadas las transiciones posautoritarias a finales de los años 70 y 80, con el telón de fondo de la década perdida y tras el fortalecimiento de la democracia electoral en la región, al cierre de los 90 quedó en evidencia la precariedad de la agenda democrática: déficit institucionales que fortalecían el manejo neopatrimonial del Estado y daban fuerza al clientelismo como mecanismo formador de lealtades e incluso de legitimidades políticas. Dentro de este esquema, una sociedad civil débil no solo fortalecía el presidencialismo autoritario y las alianzas electorales volátiles, sino que afirmaba sobre todo un déficit ciudadano patente en ámbitos diversos[5]. Lo que quizás tenga mayor importancia sea la pérdida de centralidad del Estado en la economía como espacio articulador de los pactos políticos, la creciente autonomización de la sociedad civil del liderazgo hegemónico de los partidos y con ello el fortalecimiento de nuevos movimientos sociales, y en medida no menos importante, el reforzamiento de una cultura democrática en una sociedad abierta, permanentemente expuesta a los medios de comunicación. En una palabra, se transformó lo que Manuel Antonio Garretón ha llamado *la matriz sociopolítica*.

Es natural que en este marco los actores sociopolíticos, sobre todo los partidos, se hayan transformado, específicamente la propia izquierda. Simplificando demasiado las cosas, me atrevería a sostener que en América Latina desde finales de los años 90 podemos reconocer al menos tres grandes categorías de movimientos políticos de izquierda:

La izquierda fundamentalista. Esta izquierda mantiene la perspectiva del choque frontal; acepta la democracia no como un marco civilizatorio de la convivencia

5. V. el libro *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, publicado por el PNUD bajo la coordinación de Dante Caputo, Alfaguara, Buenos Aires, 2004.

Solo la izquierda reformadora sostiene una perspectiva de la democracia como un compromiso institucional y ciudadano

política, sino en tanto medio para ganar espacios de masas. Rechaza la globalización por entenderla como representación de la versión contemporánea del imperialismo. Hay, si se quiere, al menos dos versiones de esta izquierda: la de organizaciones como el Frente «Farabundo Martí para la Liberación Nacional» en El Salvador, sobre todo de sus sectores radicalizados como el liderado por Chafik Handal, más cercano a la tradición de los partidos comunistas en sus versiones de la Guerra Fría, y otra versión, más acorde con los tiempos, cercana a los nuevos movimientos sociales: la del zapatismo en México y su Subcomandante Marcos.

La izquierda populista. Esta variante acepta los riesgos de la globalización, asume la democracia, pero no se compromete demasiado con las implicaciones de tipo institucional que de ello se derivan (espacio libre para la crítica pública, fortalecimiento del Estado de Derecho, defensa del pluralismo y respeto a las minorías). Se sostiene en un conjunto heterogéneo de fuerzas sociales, como en los viejos movimientos nacional-populares, pero lo hace de cara a la política mediática dominante, como son los casos de Ecuador y Bolivia. Lo esencial aquí es que esta izquierda cuando alcanza el poder o participa del mismo sostiene una política clientelista en su vínculo con las masas, o, más propiamente, con sus electorados, así como un manejo neopatrimonial del Estado allí donde alcanza el poder. El mejor ejemplo de esto es el de Chávez en Venezuela[6]. El caso de Lucio Gutiérrez en Ecuador entra en este marco, al igual que el populismo nacionalista y radical de Evo Morales en Bolivia (aunque este no ha alcanzado aún el poder). De alguna forma el actual sandinismo forma parte de esta categoría.

La izquierda reformadora[7]. La misma apuesta a la democracia se decide por aceptar los riesgos de la globalización, y entiende que la lucha contra la exclusión social debe evitar el choque frontal con la derecha conservadora. Acepta el pro-

6. En este sentido, sin la renta petrolera difícilmente Chávez hubiese sobrevivido en el poder tras el golpe cívico-militar, el paro petrolero y la coyuntura del referéndum revocatorio.
7. Introduzco la expresión «izquierda reformadora» para distinguir lo que fue la disputa entre reforma y revolución que escindió al movimiento socialista alemán y en general al europeo, de los retos de la globalización hoy en día y las opciones de izquierda. La disputa al interior de la socialdemocracia alemana en muchos sentidos fue un choque de métodos y estrategias, y en menor medida de concepciones. Lo que distinguía a Karl Kautsky de Karl Liebnecht o Rosa Luxemburgo no era el asunto de la democracia (aunque al interior de las organizaciones socialdemócratas este debate se planteó), sino el método y en consecuencia la evaluación de los tiempos de la revolución. En la actualidad la izquierda moderna acepta el imperativo del mercado, pero entiende que este no debe ni puede pautar la organización de la sociedad, y sobre todo asume al Estado como el espacio que debe

grama de reformas económicas neoliberal al tiempo que reconoce sus limitaciones en el campo social, y en este ámbito da pasos tímidos hacia un programa que encare la pobreza y la exclusión. El principal ejemplo de esta izquierda es la concertación en Chile, pero también lo es el PT en Brasil. En ese sentido puede incluirse al gobierno de Kirchner en Argentina, la recién iniciada experiencia de gobierno de Vázquez en Uruguay, y al propio presidente Torrijos del Partido Revolucionario Democrático en Panamá.

En esta tipología hay puntos comunes y profundos desacuerdos. Por lo pronto, es evidente el rechazo a las consecuencias que en el plano social han tenido los procesos de apertura económica impulsados por el Consenso de Washington. También se comparte la preocupación por la pobreza y los procesos de exclusión social. Sin embargo, en determinados sectores políticos de izquierdas, en su vertiente fundamentalista hay un sesgo igualitarista que no acepta que lo esencial sea la igualdad de oportunidades tanto en el ámbito del mercado como en el social. Pero la demarcación central se define, a mi juicio, en el ámbito político, pues mientras el fundamentalismo de izquierda asume la democracia como un medio, y el populismo izquierdista no la defiende en términos de las instituciones que caracterizan a dicho régimen, solo la izquierda reformadora sostiene una perspectiva de la democracia como un compromiso institucional y ciudadano.

¿Qué representa la izquierda latinoamericana en el poder?

Es indudablemente cierto que el triunfo del PT y la llegada a la presidencia de «Lula» en Brasil han generado grandes expectativas en la izquierda latinoamericana, lo que se refuerza ahora con el reciente triunfo del Frente Amplio y la llegada de Vázquez a la presidencia. Pero las causales de los gobiernos de izquierda que hoy existen en la región[8] son muy diversas: el acuerdo de transición posdictadura en Chile, la fortaleza del PT desde el sindicalismo hasta los gobiernos locales y estatales en Brasil, la alianza del Frente Amplio en Uruguay, el deterioro del sistema de partidos tradicionales en Venezuela, todas definen situaciones muy distintas. Cuando se habla entonces de auge de la

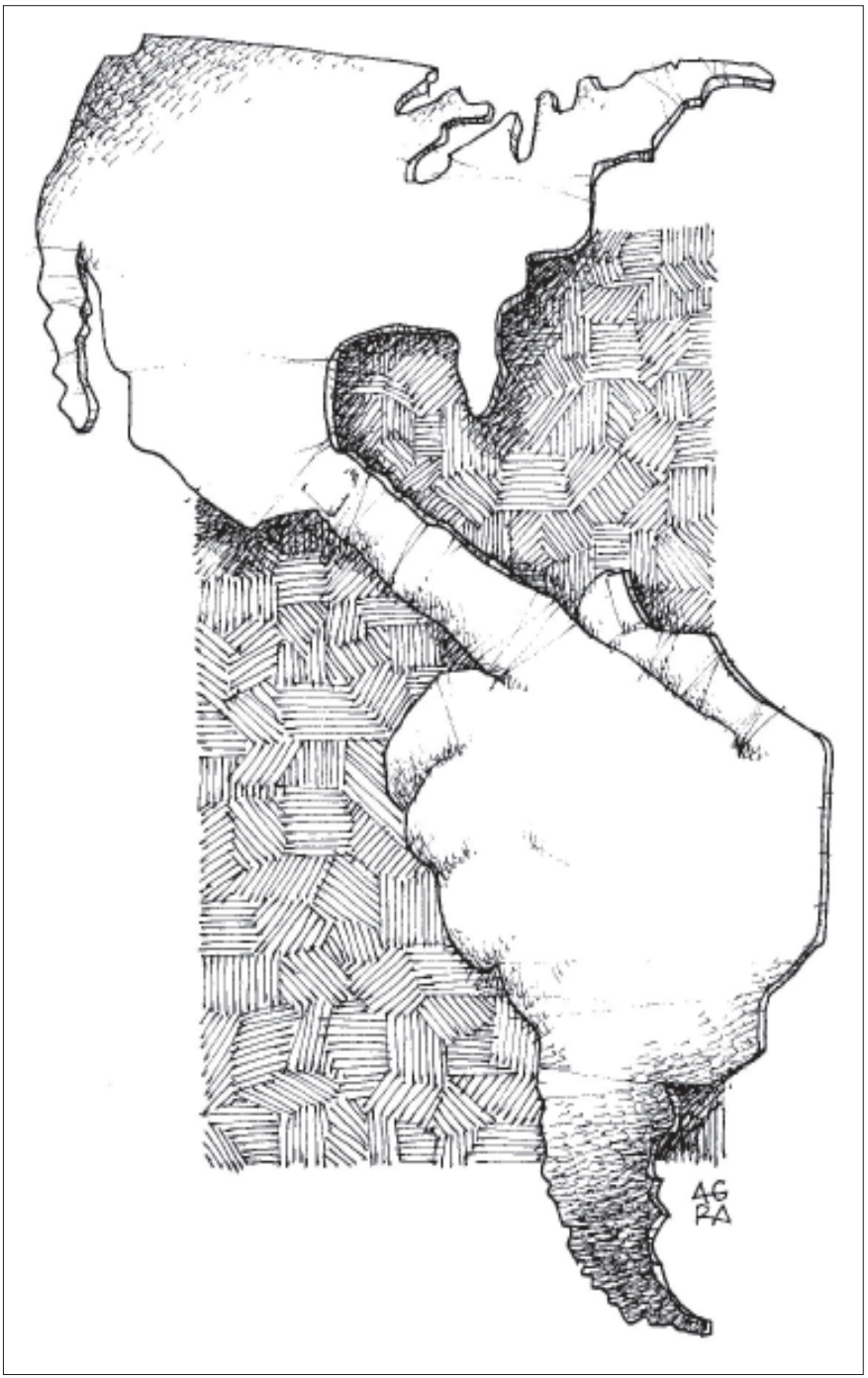
establecer la normativa reguladora de su movimiento ciego y proteger a la sociedad de sus consecuencias perversas. De aquí el papel que en el debate contemporáneo tiene la batalla por la democracia, de aquí el rol activo que se le asigna a la sociedad en su autonomía de la política partidaria.
8. Podría decirse que estos gobiernos cubren un espectro muy amplio: Venezuela (Chávez), Brasil («Lula»), Chile (Lagos), Argentina (Kirchner), Ecuador (Gutiérrez), Uruguay (Vázquez), lo que podría extenderse a Panamá (Torrijos). Hay también muchas experiencias de gobiernos locales en manos de la izquierda, la principal de las cuales es la del gobierno de Ciudad de México con Andrés Manuel López Obrador del Partido de la Revolución Democrática a la cabeza.

izquierda el mismo no obedece únicamente al descontento de masas con los programas neoliberales, aunque este sea un aspecto central y determinante. Esto tiene que ver con procesos políticos más profundos. Si ello es así, no puede hablarse tampoco de un común espacio de sostenibilidad de estos gobiernos, pues las experiencias y situaciones nacionales son muy heterogéneas[9].

En un contexto donde los actores políticos no tienen referentes sociales organizados por lealtades ideológicas, como fueron los casos de los tradicionales partidos socialistas chileno y el peronismo argentino, donde los proyectos nacional-populares no ocuparán más de un rol movilizador del cambio social y las estrategias de desarrollo, es difícil que un partido o una coalición de ellos pueda reclamar la representación limpia de un determinado grupo o clase social. Esto no es un asunto de exclusivo tinte latinoamericano, pasa con la política moderna en general, la cual se motoriza en gran medida por preocupaciones de corto plazo y grandes esfuerzos mediáticos. Esto en el caso de la región latinoamericana simplemente afirma que la política concreta está obligada a la búsqueda de apoyos socialmente heterogéneos, y en consecuencia al establecimiento de compromisos inestables. El pasado gobierno de Fernando Henrique Cardoso en Brasil fue un ejemplo exitoso de esta realidad, con la salvedad de que el presidente sí tenía una visión de largo plazo. Lo mismo ocurre en cierto modo con la concertación chilena. Los casos inversos son los de Chávez en Venezuela y de Gutiérrez en Ecuador.

En el caso de la Venezuela de Chávez, sus éxitos electorales han conducido a la división de la sociedad y al cierre de un espacio de diálogo que dé paso al elemento quizás central de la democracia: la concertación no solo de las mayorías, sino más bien al convencimiento de la gente en la viabilidad de las propuestas. La incapacidad de Chávez para buscar un espacio de entendimiento con el empresariado y con la clase media y un amplio sector popular, le bloquea a su mayoría el potencial de consenso necesario para afirmar la democracia.

9. Véase L. Paramio (ob. cit.) donde el eje del análisis es la cambiante dinámica de los mercados electorales latinoamericanos en su relación con los fracasos de los programas de ajuste, las privatizaciones y en general la política neoliberal. En esta óptica, en gran medida el ascenso de la izquierda al poder se explica fundamentalmente por la desilusión del electorado ante los gobiernos que han sostenido estos programas. Sin discutir el asunto con mayor profundidad, asumiendo como cierto este enfoque, es claro que el mismo explica una parte del asunto, puesto que en Chile la concertación en los gobiernos de Eduardo Frei y de Lagos asumieron desde el principio la lógica de la apertura, y el propio «Lula», ya desde la campaña contra José Serra, sobre todo al final de la misma, dio garantías al capital financiero de que seguiría una política ortodoxa en materia económica, esencialmente fiscal.


AG
PA

En el caso de Ecuador, la alianza que condujo a Gutiérrez al poder, de por sí precaria, pronto se rompió por el lado del movimiento indigenista que le apoyaba. La reciente destitución del presidente ecuatoriano por el Congreso, su exilio en la Embajada del Brasil en Quito y su sustitución por el vicepresidente Alfredo Palacios, revelan dramáticamente los límites del populismo de izquierda. Sin una base de poder sostenido en el sistema partidista, con el apoyo del movimiento indigenista y del ejército, el arribo a la presidencia de Gutiérrez desde el principio se sostuvo en un equilibrio muy precario, pero sobre todo reveló serias limitaciones, una vez que el movimiento indígena rompió con el Gobierno y éste pasó a una política de búsqueda de aliados en el sistema tradicional de partidos. Las acciones autoritarias del jefe de Estado pasaron así a ser componentes de su acelerado aislamiento. Cuando quiso disolver la Suprema Corte de Justicia y la propia clase política –representada por el Congreso– decidió no darle apoyo en esta acción, su suerte quedó sellada. Lo único que faltaba era que el ejército lo dejara solo y así lo hizo, dándole carta abierta al Congreso para su destitución. De esta forma si la presión del movimiento social hizo estallar al gobierno, lo fue porque la clase política y el propio ejército le dieron simplemente la espalda y porque la propia institucionalidad democrática del país no tiene bases firmes. De nuevo la perpetua fragilidad del sistema político ecuatoriano hizo fracasar un gobierno cuyo discurso izquierdizante muy rápidamente quedó sin referentes sociales y políticos. En los dos casos, el de Chávez en Venezuela y el de Gutiérrez en Ecuador, se revela con dramatismo que la simple construcción de mayorías no conduce a la gobernanza democrática.

El caso del ascenso de «Lula» al poder es distinto. Brasil es quizás el único país latinoamericano que completó el proceso de sustitución de importaciones, lo cual dio base al nacimiento de una clase trabajadora moderna y organizada y con gran poder. Esto se tradujo en un movimiento sindical fuerte en sectores industriales como el automovilístico y en determinadas zonas como el Gran San Pablo. El nacimiento del PT es producto de esta fortaleza del sindicalismo obrero, pero también de la existencia de una masiva clase trabajadora y una intelectualidad muy vinculada a movimientos sociales activos. Hoy el PT es quizás la organización política brasileña de mayor presencia nacional, en medio de una tradición de fragmentación de las expresiones políticas, donde las realidades estatales arropan la realidad federal en múltiples aspectos, de lo cual deviene un sistema de partidos con difíciles capacidades de expresión nacional, una gran fragmentación de lealtades, de acuerdo con las realidades estatales y regionales y, en consecuencia, una tradición de negociaciones permanentes, alianzas complejas y múltiples compromisos, que definen la política de este país de modo muy distinto a la tradición latinoamericana.

La larga duración de la dictadura de Augusto Pinochet con su secuela de barbarie y crímenes, así como su revolución conservadora (la gran transformación, como la ha llamado un autor socialista), si bien cambiaron la escena chilena, no liquidó a los partidos tradicionales del periodo anterior, tanto por el lado del socialismo, de la democracia cristiana y el pequeño partido radical, como del propio partido comunista. Lo que el exilio y la resistencia interna a la dictadura enseñaron fue la necesidad del acuerdo y el compromiso como medios necesarios no solo para salir de la dictadura, sino sobre todo para sostener luego el ejercicio democrático. Esto tuvo costos muy altos, al punto de que obligó a todas las fuerzas políticas a moverse hacia el centro, y cuando esto ocurre, como ha señalado Bobbio, simplemente indica que la izquierda se ha tenido que mover un poco a la derecha, al tiempo que esta última lo ha tenido que hacer a la izquierda. El producto de esto es la larga permanencia de la concertación como alianza política estable en el ejercicio del poder por 12 años ininterrumpidos.

Los gobiernos de centro-izquierda en Chile constituyen un complejo producto de la previa revolución conservadora de la dictadura pinochetista

Fueron las condiciones políticas internas las que en Chile obligaron tanto a la izquierda socialista como al centro democristiano a unir sus fuerzas, siendo la necesidad de fortalecimiento de la democracia el eje que ha mantenido la alianza. Las presiones de la globalización, la apertura de la economía, el dinamismo de su sector externo y en general el surgimiento de un empresariado chileno moderno y competitivo, no deben verse como el simple resultado de las presiones foráneas o la seca consecuencia de la globalización y el giro de la geopolítica norteamericana. El Chile democrático representa más que eso: la posibilidad de que en el contexto de la globalización se abra la doble vía de una salida sostenible de la democracia y la inserción exitosa en el escenario económico mundial. Surgen en este momento sin embargo nuevos problemas que hoy enfrenta la sociedad chilena, los que van desde la apatía por la política, el descreimiento de la juventud en la participación en los problemas de la vida pública, problemas que ya las sociedades occidentales más modernas los padecen desde hace años, hasta llegar al ahondamiento de la desigualdad social, pese a la efectividad de los programas focales de combate a la pobreza.

De esta forma, los gobiernos de centro-izquierda (lo que llamo la izquierda reformadora) en Chile constituyen un complejo producto de la previa revolución conservadora de la dictadura pinochetista, la conservación de una larga

tradición de grandes partidos que sobrevivió a la dictadura, como también el éxito relativo de las políticas de estabilización macroeconómica de los gobiernos de la concertación, en particular sus reformas sociales y sobre todo el soporte de un empresariado moderno y una clase política con gran capacidad de sostenimiento de acuerdos y compromisos estables.

El caso del PT en el poder es distinto. Hay que señalar en primer lugar la experiencia de ese partido en el ámbito local y estatal, como también ponderar los propios éxitos del gobierno de Cardoso que dentro de las estrategias de estabilidad macroeconómica y política fiscal ha mantenido «Lula». A esto se une el convencimiento de la cúpula del PT de la necesidad de una solución de compromiso que permitiera su acceso al poder.

En los dos casos, sin embargo, hay muchos elementos coincidentes. Los actores políticos al frente de los gobiernos asumen las limitaciones y constreñimientos del contexto de la globalización como del marco político de la Posguerra Fría. En un plano concreto la concertación chilena y el PT brasileño han girado hacia el centro para poder precisamente asumir principios básicos de la izquierda histórica, resumidos en la cuestión de la exclusión social. Pero al hacerlo han sido obligados a asumir un programa de apertura y competitividad que parte del credo conservador. En palabras de Alain Touraine: han asumido la única alternativa posible en la región: hacer suyo un programa de centro-derecha para sostener la democracia y dar pie a reformas que solo en el plazo mediato podrían dar frutos en la lucha contra la exclusión social.

Más allá de la coyuntura neoliberal

La izquierda hoy es heterogénea y representa un conjunto diverso de agregados sociales. Hay, sin embargo, algo más: actualmente no existe un referente (o sujeto) totalizador en torno del cual nuclear un proyecto histórico único. El sujeto unificador de los movimientos sociales no existe más. La política en este contexto ya no tiene referente único o bipolar y ningún movimiento (partido u otro tipo de espacio político organizado) puede aspirar a representar la complejidad de subjetividades sociales de raíz popular o laboral. De aquí el espacio ganado por la sociedad civil y los llamados nuevos movimientos sociales, de aquí la recomposición del lugar de los partidos en la estructura sociopolítica y sobre todo, la rearticulación de sus lazos con el Estado.

Este enfoque al menos ayuda a entender la diversidad de expresiones de la izquierda, y principalmente permite reconocer los límites que a la propia ac-

ción de izquierda se le imponen en el presente contexto: de un lado la fuerza del neoliberalismo como discurso ideológico conservador, del otro lado la propia debilidad de instituciones centrales del orden social como el Estado y sobre todo la recomposición social y económica que ha impuesto la globalización.

El eje central del asunto continúa siendo el reto que significa para la izquierda asumir la lucha contra la exclusión

La novedad aquí es que en el marco del descontento con las propuestas neoliberales y la apertura de las economías latinoamericanas, no llegan al poder las expresiones fundamentalistas de izquierda, sino las variantes populistas y reformistas. La primera variante es la que ofrece mayores resistencias aparentes al «formato» neoliberal de la apertura económica, las privatizaciones y en general la fuerza de los mercados, pero son las últimas las que no solo han llegado al poder, sino sobre todo las que han demostrado posibilidad de permanencia en el mismo y mayor eficacia en impulsar una agenda (aunque mínima) que enfrente la exclusión y la pobreza. Naturalmente, la excepción es Chávez, pero la estrategia de choque frontal y división de la sociedad en bloques que ha caracterizado a su gobierno, tiene escasas posibilidades de diálogo y acuerdo con el resto de ella principalmente porque sus reales o supuestas conquistas se hacen poco sostenibles a futuro. En un sentido opuesto la sostenibilidad de las conquistas reformistas de la izquierda como en Chile, al apoyarse en un esquema de equilibrio de compromisos, forzados a otorgar amplias concesiones al centro conservador, ciertamente involucra a la derecha y con ello gana un espacio real para sostener conquistas y reformas más allá de la coyuntura electoral, pero también es cierto que esa izquierda, precisamente por esas limitaciones no puede avanzar mucho en las reformas sociales, lo que tiende a socavar su legitimidad de masas, específicamente electoral[10]. Pero la ironía de Touraine no se marchita por eso: en Latinoamérica se impone la reforma y con ello el acuerdo inteligente.

Esto abre la posibilidad de que la izquierda en el poder defina un proyecto sostenible, lo cual implica asumir con realismo el condicionamiento de la globalización, no como «variable exógena», al estilo de la dependencia que se le

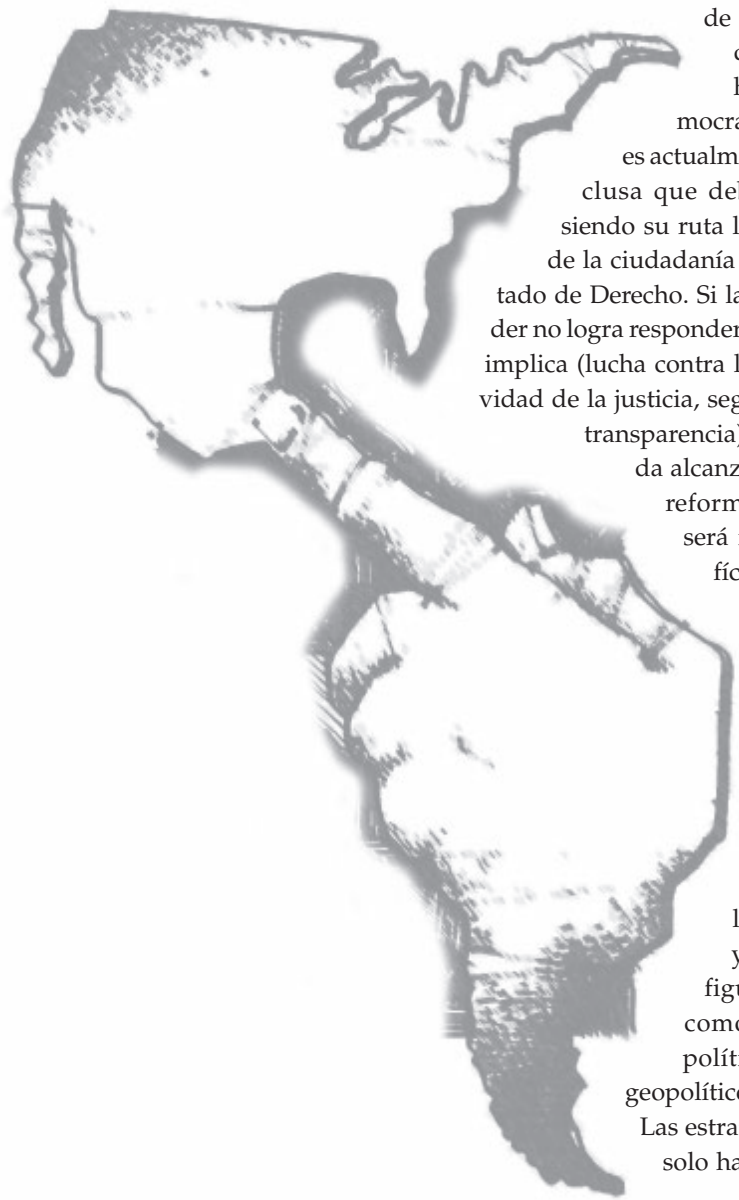
10. En el mediano plazo es aquí que se encuentran las posibilidades de la derecha chilena: apoyada en las conquistas ganadas por la izquierda, el discurso populista de personalidades como Joaquín Lavin no le impide mantener su formato conservador. Este discurso permea no solo a la clase media sino incluso a los grupos populares mismos. En todo caso, las conquistas democráticas alcanzadas le permitirán a la concertación, aun si dejara el Poder Ejecutivo, mantenerse como fuerza central de la escena política chilena. V. Paramio, ob. cit.

impone a la periferia, sino como contexto mundial en el cual los países en desarrollo se mueven. Esto supone asumir el reto de la competitividad, la apertura de las economías y la lógica de los mercados. Para hacerlo habrá que abandonar los enfoques aislacionistas y radicalmente estatal-nacionales. Ello implica asumir no solo la geopolítica global y –en este marco– la presencia de EEUU como el polo hegemónico en la región, sino sobre todo la geoeconomía y la política de bloques. En este último contexto, los gobiernos de izquierda tienen muchas posibilidades de avanzar en la perspectiva de una mirada latinoamericana común capaz de negociar y fortalecer un nuevo esquema de relaciones con EEUU y Europa. Las posibilidades del Mercosur saltan a la vista, aunque el camino esté lleno de escollos.

Si bien es cierto que el programa neoliberal[11] en el que se ha sostenido la estrategia de las agencias multilaterales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial ha fracasado en su diseño general, hoy en día no se tiene un programa alternativo capaz de generar un nuevo consenso global distinto y alternativo al de Washington[12]. En la búsqueda de esa alternativa los gobiernos de izquierda pueden y deben desempeñar un rol de primer orden. Pero para ello los esfuerzos del regionalismo abierto deben avanzar en programas reales y efectivos de integración o acuerdos subregionales, definiendo consensos políticos comunes frente a las esferas de los poderes hegemónicos, tanto en lo que tiene que ver con los tratados de libre comercio como se negocian hoy con EEUU y Europa, como en lo referente a las complejidades de la agenda de seguridad y desarrollo social en la región. Mientras esto no ocurra será muy difícil estructurar programas sociales que combatan la exclusión y la pobreza sin condiciona-

11. El propio BM ha aceptado que los programas privatizadores no han tenido la eficacia que se esperaba, sobre todo en materias como la energética, y otros en los que sí han funcionado como en la administración de carreteras aunque con altos costos para los usuarios. El BM ha defendido incluso que en este ámbito en determinados casos es posible una mayor eficacia de la gestión pública que la privada. Esto implica reconocer un relativo giro del enfoque, pues en el fondo admite que la lógica del mercado por sí sola no resuelve los problemas de la gerencia macroeconómica e implica la acentuación del elemento institucional y social en la definición de políticas macroeconómicas. El FMI a su manera ha tenido que admitir el fracaso de su estrategia en Argentina, flexibilizando su posición en los programas de ajuste que sucedieron a Fernando de la Rúa; lo mismo ha ocurrido recientemente en República Dominicana, si se comparan las exigencias de los programas de ajuste de los años 80 con el recién firmado programa de ajuste del presente año 2005.
12. Joseph Stiglitz, p. ej., ha planteado duras críticas al programa neoliberal del consenso de Washington, pero las mismas tampoco definen una alternativa clara al neoliberalismo hegemónico, no porque carezcan de racionalidad y argumentos convincentes, sino por la heterogeneidad de situaciones políticas en las que tendría que implementarse el argumento básico: recuperar el rol regulador del Estado, dimensionar la cuestión social en la racionalidad de las estrategias macroeconómicas, definir espacios nacionales, regionales y globales defensivos frente a la volatilidad del capital financiero. V. sus libros *El malestar en la globalización* (2002) y *Los felices 90. La semilla de la destrucción* (2003), ambos publicados por Taurus / Alfaguara, Colombia.

mientos geoeconómicos, como los de la volatilidad del capital financiero internacional y los programas de ajuste. Esto implicará reconocer que dichos programas requieren, además de estas posibilidades económicas, de esquemas realmente distributivos del ingreso y de una mayor participación ciudadana en el ejercicio de la política, lo que conduce al reconocimiento del marco político de la gestión gubernamental de la izquierda. Si algo define esta tarea es el hecho de que la democracia latinoamericana es actualmente una tarea inconclusa que debe ser completada, siendo su ruta la de la construcción de la ciudadanía que demanda el Estado de Derecho. Si la izquierda en el poder no logra responder a la agenda que esto implica (lucha contra la corrupción, efectividad de la justicia, seguridad ciudadana y transparencia), todo lo que se pueda alcanzar en el plano de las reformas sociales no solo será incompleto, sino difícil de ejecutar. La tarea, pues, de la democracia política va de la mano con la tarea de la equidad social.



Es imposible hoy asaltar el Palacio de Invierno sencillamente porque éste ya no existe, ni como figura emblemática, ni como método de lucha política, ni como marco geopolítico de la lucha social. Las estrategias del pasado no solo han perdido sentido y

racionalidad, sino que incluso el marco conceptual que las sostenía se ha desvanecido. El ejemplo del debate «dependencia-desarrollo» es ilustrativo. La teoría de la dependencia en sus diversas versiones no puede explicar las complejidades en las que se mueve hoy América Latina en un mundo globalizado. La asimetría Norte/Sur ha dado paso a otras asimetrías no menos complejas donde el ejemplo del éxito asiático no solo abrió un camino desde el Sur hacia la industrialización sostenida, sino que la crisis de 1997 en que luego se sumió esta región ha revelado también su vulnerabilidad ante la volatilidad del sistema financiero internacional. Ambos elementos expresan dimensiones de un solo sistema.

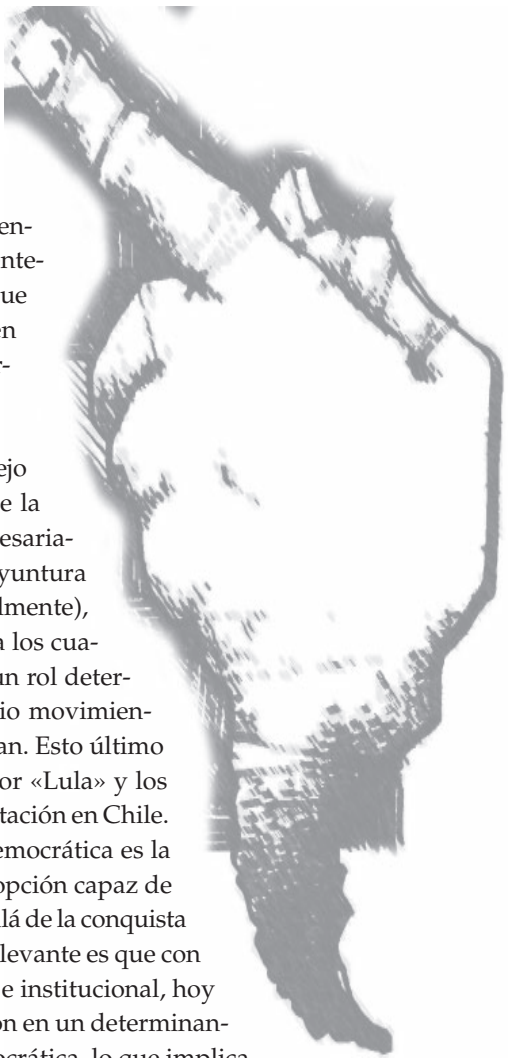
La revolución tecnológica e informacional en marcha reordena los flujos económicos mismos, desarticula y relocaliza los circuitos industriales y modifica la lógica reproductiva del mundo del trabajo. En este escenario el Estado pierde su capacidad centralizadora y directiva del proceso económico, el mercado arropa ahora circuitos económicos antes dirigidos por el Estado o comandados por él, en una palabra el tema societal-económico pasa a ser predominante ante el momento estatal-político. Se reordenan así las matrices relacionales del Estado con la sociedad y de la economía con la política[13].

De esta forma si aún queda lugar para la izquierda en la escena política latinoamericana la misma tendrá que asumir con realismo la complejidad de la coyuntura mundial y regional. Lo que es más importante, la izquierda deberá aprender a constituir una fuerza política convencida de la tolerancia democrática y el pluralismo, como condiciones ambas de su presencia histórica y eficacia política. Esto supone asumir un discurso y un proyecto político no autoritario, aunque no forzosamente socialdemócrata (en la variante reformista de la izquierda). El discurso populista de izquierda puede sostener durante un tiempo un proyecto político e incluso alcanzar éxitos parciales, pero no es sostenible como alternativa político-democrática a la crisis de la región.

El eje central del asunto continúa siendo el reto que significa para la izquierda asumir la lucha contra la exclusión, y también en esta perspectiva asumir un discurso coherente frente al tema de la igualdad, conservando la gobernabilidad democrática y asegurando el éxito de las políticas sociales. En el marco de las políticas neoliberales esta tarea es imposible de llevar a cabo con éxito. Fuera de este marco los proyectos políticos encuentran obstáculos doctrinales en

13. V. Manuel Castells: *La era de la información*, vol. 2: *El poder de la identidad*, cap. 5: «¿El Estado impotente?», Alianza Editorial, Madrid, 1997.

los organismos multilaterales que regulan y ordenan la economía global, sobre todo en su dimensión financiera. La solución a esta aporía solo puede venir desde lo político, aun cuando no es posible plantear ninguna estrategia con probabilidades de éxito desconociendo la realidad económica global y regional. De esta forma, la cuestión democrática pasa así a constituir el eje clave de la gobernanza y el tema de los acuerdos regionales, como las estrategias de bloques (Mercosur, Tlcan) terminan por constituir un necesario espacio para impulsar estrategias comunes de cara a los problemas no solo económicos sino también políticos y sociales. La gobernanza democrática como la cuestión social adquiere así una dimensión regional necesaria para el logro de la gestión exitosa de la izquierda en el poder. La izquierda populista no puede sostener una estrategia de ese tipo, y el fundamentalismo de izquierda ha sido rechazado insistentemente por el electorado latinoamericano, aunque puede apuntarse éxitos electorales parciales en los gobiernos locales, ganando escaños en el Parlamento.



La izquierda en el poder hoy resulta un complejo producto de su reacomodo reformador, lo que la ha obligado a girar hacia el centro. Esto no necesariamente se sostendrá; depende mucho de la coyuntura internacional (variable no controlada nacionalmente), de los programas mismos de la izquierda para los cuales el ejercicio transparente del poder jugará un rol determinante (variables sí controladas por el propio movimiento), como del marco regional en que se inscriban. Esto último parece haber sido claramente comprendido por «Lula» y los miembros del Mercosur, y por la propia concertación en Chile. Pero lo más importante es que una política democrática es la clave para que la izquierda se sostenga como opción capaz de producir reformas sociales significativas. Más allá de la conquista coyuntural del Poder Ejecutivo lo realmente relevante es que con una visión moderna y pluralista, democrática e institucional, hoy se hace posible para la izquierda su constitución en un determinante político significativo de la gobernanza democrática, lo que implica aceptar con realismo las incertidumbres de la democracia.